

BOLETÍN

DE LOS PP. MÍNIMOS DE

S. Francisco de Paula

PUBLICACIÓN MENSUAL

• Autorizado por los Superiores Regular y Diocesano •

ENRIQUECIDO CON LA BENDICIÓN APOSTÓLICA

.... Precio de suscripción:

: UNA LIMOSNA VOLUNTARIA :

Dirección y Administración:

CONVENTO DE SAN JOAQUÍN

(Barriada del Guinardó) BARCELONA

SUMARIO

A María, por Fr. Pio. — Catecismo, por Fr. Prudencio. — La caridad de S. Francisco de Paula, por T. R., Pbro. — Penitencia, por Macabeo. — El trabajo amable, por Mariano Ruñeu, Pbro. — Combate oral, por El más mínimo. — Ecce Agnus Dei, por Fr. Angel de Jesús. — Pensamientos del P. Victorio. — Bibliografía, por J. A. — Cultos en la iglesia de S. Joaquín. — Noticias religiosas. — Limosnas recibidas.

A María

Mayo, el mes más hermoso del año, está con razón consagrado a la más pura y hermosa de las criaturas humanas, a la Virgen María. En Marzo tuvo principio la Creación y la Redención, en Abril se desarrolló y consolidó, en Mayo floreció y en Junio fructificó. María es la flor de Mayo más linda y olorosa, y Jesús es el más rico fruto del Jardín Celestial. María es la aurora de la Iglesia Militante y Jesús es su Sol que nos vivifica y santifica. El Padre Eterno halla todas sus delicias y recreos en estas dos obras magnas de su poder y bondad,

en Jesús y María. Por ellos vivimos y obramos, y sin Ellos nada existiría. He aquí los dos nombres dulcísimos, Jesús y María, bajo cuyos auspicios quiso fundar su Orden y cada uno de sus Conventos el Glorioso Patriarca de los Mínimos. Concretándonos hoy a contar, aunque pobre y brevemente, las glorias de nuestra benignísima Madre María, ¿qué podremos decir digno de Ella? Dos palabras bien meditadas deberían bastar para darnos una idea completa de su excelencia máxima y de su gloria y poder insuperables; que ella es la *Madre* de *Dios*. Madre y Padre son dos términos correlativos e inseparables; no

hay Madre sin Padre, ni Padre sin Madre: Madre y Padre no son ya dos seres sino uno sólo, porque por el amor se hacen tan íntimos e idénticos entre sí que no hay ya distinción ni separación. A tanto como esto quiso el Eterno Padre por su gran dilección levantar y asociarse a Sí al alma de María, para obrar la Redención del mundo. Por ser Ella la mejor Hija de Dios mereció, por gracia singular, ser Esposa de Dios a fin de que fuese Madre del Dios Humanado. ¿Caben ya en pura criatura mayores dignidades, más excelsos oficios, prerrogativas más sublimes? El mismo poder, la misma sabiduría, la misma bondad que tiene Dios por su naturaleza tiene Ella por gracia, y en cuanto lo sufre o es capaz la humana condición es levantada a la altura suprema. Ella es la Reina Soberana de cielo y tierra con amplios y plenos poderes de hacer y deshacer. ¿Cuál no ha de ser nuestra confianza en su poder y cuánta nuestra ternura hacia tan buenísima Madre? Sólo podrá ser desgraciado el que quiera serlo. Seamos nosotros fieles hijos suyos muy devotos honrándonos en poseer sus mismas virtudes. ¿Qué felicidad puede haber mayor que merecer decir a María: ¡Madre mía de mi alma! y oír de Ella esta respuesta: ¡Hijo mío de mi corazón!?

FR. PLO.

Catecismo

No hay conocimiento de Dios sobre la tierra, exclamaba apenado el profeta Oseas. Del fondo de su

corazón bondadoso clamó Pío X asimismo contra el deplorable desconocimiento de las verdades eternas, precisamente en el llamado siglo de las luces, y lanzó al mundo la memorable Encíclica sobre la enseñanza del Catecismo católico. En ella dice que es grande y muy crecido el número de personas, así en las clases indoctas como en las cultas y estudiosas, que ignoran totalmente las cosas más necesarias para conseguir la salvación eterna, viviendo de la manera más temeraria e imprudente que puede imaginarse, como si nada esperasen más allá de esta vida. Nada saben de Dios; ni de la Encarnación del Verbo Divino; ni de la perfecta restauración del género humano por El obrada; ni de la gracia de Dios, principal auxilio para bien vivir; nada del Augusto Sacrificio del altar, ni de los Santos Sacramentos, mediante los cuales obtenemos, conservamos y aumentamos la gracia. En cuanto al pecado, dice que, ni conocen su malicia ni el oprobio o efectos que trae consigo, de suerte que no ponen el menor cuidado en evitarlo ni borrarlo, y llegan al día postrero de la vida en disposiciones bien tristes y desconsoladoras, muriendo sin absolución o como si no la recibiesen. No dudó el Papa Benedicto XIV escribir estas terribles palabras: *Afirmamos que la mayor parte de los condenados a las penas eternas debe su perpétua desgracia a la ignorancia de los misterios de la fe, que necesariamente se deben saber y creer para ser contados entre los elegidos.*

¿Cómo ha de merecer la felicidad eterna quien no se da cuidado de conocer a su divino Criador y a su amante Redentor; que no se ocupa de amarle y servirle; que no desea ni pide el cielo; que en medio de católicos y píos se porta como un pagano o un nómada? Todo ser racional, por propio instinto, se siente fuertemente empujado a averiguar su origen, su fin y los medios seguros de lograrlo, de asegurarlo. Nadie de buena fe se puede creer desligado o exento de deberes, de leyes; nadie de buena fe cree que no hay Dios, que el hombre sea un mero animal y que no haya una vida mejor que la presente para los buenos. Estos sentimientos los ha impreso Dios en el corazón de todo hombre para que estudie y se preocupe de ganar el cielo, mediante el conocimiento y cumplimiento de su divina voluntad. El que no busca el camino del cielo, sobre todo en países católicos, obra de mala fe, huye de la luz porque sus obras son malas, aborrece la ley para pecar más tranquilamente, prefiere el vicio a la virtud.

Para conocer segurísimamente la voluntad de Dios acudamos al Sacerdote, que *en sus labios ha de estar la sabiduría y de su boca se ha de aprender la ley, puesto que él es el ángel del Señor* (Malaquías, II, 7). Todos los fieles tienen derecho de pedirle luces sobrenaturales y documentos saludables para la salvación eterna, y él tiene obligación de darlos a toda hora y gratuitamente tal como los recibió del Espíritu Santo. Mas para comodidad de todos se han

reducido en un pequeño librito todas las verdades que se han de saber y todo lo que se ha de practicar para ir al cielo, y se llama Catecismo, de poco coste y fácil comprensión y retención en la memoria, por lo cual se le ha llamado con razón *libro de oro, el más pequeño y el más grande*, sin el cual de nada sirven los demás y con sólo él todos se tienen.

El Catecismo es el itinerario del cielo, y une el hombre con su Dios. El Catecismo por sí solo marca y constituye al hombre en su divina realeza y le señala su felicísimo destino, a donde le conduce en sus dulcísimas manos: él enseña amar a Dios sobre todo, a amar al prójimo aunque nos persiga, y a amarnos a nosotros mismos rectamente, a enriquecernos de virtudes y preferir siempre los bienes eternos del cielo a los caducos de esta tierra aun a costa de nuestra vida corporal. El Catecismo es el faro divino de nuestras almas y la sal celestial que preserva de la corrupción.

Mas cuando se ignora el Catecismo o se ha olvidado, no es posible cumplir sus preceptos y obtener sus saludables y óptimos frutos. Sólo el padre de la mentira es amante de las dudas y de las tinieblas, porque así nos hace mejor tropezar y nos desvía fácilmente de las buenas costumbres y de Dios. Sea, pues, el Catecismo nuestro inseparable guía, nuestro dulce compañero, nuestra más clara luz, pues en él siempre hallaremos la verdad pura, la esperanza más consoladora, y el camino trillado de nuestra vida y conducta. Repasémoslo a menudo con hambre y amor.

David hace grandes elogios de la santa ley del Señor, como varón perfecto que se había ocupado en meditarla bien día y noche, y la tenía practicada desde su juventud a pesar de las continuas guerras en que le tenían puesto sus muchos enemigos, y aun sus propios hijos y las altas ocupaciones de sus cargos reales. Confiesa que jamás dejaba en olvido la divina ley y que hallaba grande placer en cumplirla, no obstante las repugnancias de la carne y las dificultades de la soberbia. El que medita a menudo la ley santa tiene solución y fuerza para todos los trances de la vida y goza de suma paz aun en los días de tribulación—*pax multa diligentibus legem tuam*—porque el que es fiel a la ley nada tiene que temer ya que nada malo le puede sobrevenir. *Bienaventurados los que meditan los preceptos divinos. Bienaventurados los que con pureza siguen la ley del Señor.* (Ps. 118).

FR. PRUDENCIO.

La caridad de

San Francisco de Paula

V

Todo el mérito de nuestras buenas obras en orden a la vida eterna, depende ante todo de la caridad: sin ésta nada son las demás virtudes aún las más heroicas. Así nos lo enseña San Pablo, cuando al ponderar tan excelsa virtud en una de sus cartas dirigida a los fieles de la ciudad de

Corinto, emplea un lenguaje lleno de energía, valiéndose de las siguientes palabras que deberíamos llevar profundamente grabadas en el alma, a fin de recordarlas constantemente. «Si yo hablare, dice de sí mismo, lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena o campana que retiñe. Y si tuviere el don de profecía y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber; y si tuviere toda la fe de manera que trasladase los montes y no tuviera caridad, nada soy; y si distribuyere todos mis bienes, en dar de comer a los pobres y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha».

Con este modo de hablar tan expresivo, nos da a entender claramente el Apóstol, que la caridad es para el cristiano la única cosa necesaria: que con ella todo lo posee, y sin ella todo le falta, y que es, por decirlo así, la forma substancial de todas las demás virtudes, a las que comunica el sér, el calor, la vida, el movimiento, toda la perfección, siendo por ella virtudes verdaderas y meritorias de vida eterna.

La caridad, pues, es el principio de todos nuestros méritos en el orden sobrenatural; ella es la que ennoblece al cristiano y le hace digno de poseer el Cielo; por la caridad somos justos delante de Dios, y tanto más justos somos, cuanto mayor es nuestra caridad. El cristiano cuanto más ama a Dios en la tierra, tanto mayor será su gloria en el cielo, porque en aquella mansión celestial los grados de gloria se miden por los grados de

nuestro amor a Dios; pues consistiendo la gloria en la visión intuitiva de Dios, de cuya visión se sigue el amor y gozo sobrenaturales, quien vea a Dios con más perfección, mayor gloria tendrá, y aquél verá a Dios con más perfección a quien Dios ilumine con mayor luz de gloria, que será el cristiano que haya obtenido mayores méritos, por haber sido mayor su caridad; de donde se sigue que a mayor caridad, mayor luz de gloria, a mayor luz de gloria, más perfecta visión de Dios, y a más perfecta visión de Dios, más fruición, más gozo del mismo Dios.

¡Qué gloria tan grande será la del bienaventurado San Francisco de Paula, cuya vida fué un perenne ejercicio de amor a Dios y al prójimo! ¡qué resplandores circundarán su alma en aquellas eternas moradas, entre sus preclaros hijos que heredaron de él sus grandes virtudes ¡qué galardón será el suyo después que consagró su larga existencia al servicio de Dios y al bien de sus semejantes! ¡y cómo embellecerá el cielo con el brillo de su gloria, el ermitaño humilde, el insigne fundador de la orden de los Mínimos, que al partir de esta vida aparece ante la presencia de Dios, acompañado de aquella caridad tan sublime, que de ella da testimonio el mismo Dios en vida del Santo con un milagro manifiesto! Porque a las obras de misericordia espirituales llamadas obras de celo que practicaba con constancia, ya iluminando las inteligencias con la sana doctrina, el buen consejo y la corrección fraterna, ya levantando los corazones des-

fallecidos, y llevando el consuelo y la paz a las almas atribuladas; a todas estas obras de suyo tan excelentes, juntaba también las obras de misericordia corporales, conocidas con el nombre común de la limosna, porque la caridad, como dice San Pablo, es bienhechora y su objeto es atender además a las necesidades del cuerpo, prometiendo Dios los mayores premios al cristiano que practica el precepto de la limosna, no movido tan sólo por un sentimiento de humanidad y compasión, o por una bondad natural, sino por amor a Jesucristo a quien los pobres representan, porque si el socorrer al prójimo en las necesidades del alma, nos hace dignos de poseer a Dios, el socorrerle en las necesidades del cuerpo, nos asegura una eterna recompensa.

Por eso el Santo que tenía presente el gran precepto de la limosna y la necesidad de su cumplimiento, procuraba con suma diligencia socorrer a todos aquellos de sus hermanos que estaban necesitados, y a imitación del apóstol San Pablo que socorría por sí mismo a los pobres, repartiéndoles en Jerusalén las limosnas que había recogido en otras provincias, así San Francisco de Paula repartía por su mano entre los pobres la comida en el Convento, a donde acudían como a su propia casa, considerándose el Santo honrado con la presencia de aquellos desvalidos, porque no se fijaba en el exterior abatido y mísero de los mismos, sino que miraba la nobleza de su alma, imagen de Dios y heredera de aquel reino que Dios tiene prometido principal-

mente a los pobres. Como éstos hallaban tan buena acogida en San Francisco, a él acudían en crecido número, y cuando había agotado todas las limosnas de que podía disponer en el convento o no tenía lo suficiente para atender a las necesidades de todos, ¿que diréis que hacía San Francisco? ¿Despedir a los pobres para otro día? Muy lejos de eso. Entonces acudía a la divina Providencia con tanta mayor confianza, cuanto que se trataba del socorro de los pobres, y al punto veía colmados sus deseos de poder socorrer a todos, dándose el caso de repartir un solo pan que en el convento había, a una multitud de pobres, quedando todos satisfechos y sin que se acabara el pan, como si fuese uno de aquellos apóstoles que cuidaban de repartir aquel pan milagroso a aquella muchedumbre que había acudido a oír la palabra de Jesucristo en el desierto de Betsaida.

T. R., PBRO.

Penitencia

Hemos pasado tres Pascuas de Resurrección sin que Europa haya querido resucitar de su hediondo sepulcro de odios y cadáveres, dejando así estéril la virtud redentora y reparatriz del Hijo de Dios. Los Estados beligerantes no se detienen ante ninguna consideración por sagrada que sea, ni por ningún sentimiento noble, antes al contrario, cada día van extendiendo más y más sus acciones guerreras y sumando más naciones en el horrible conflicto.

Esta contienda humana ya no es europea, es mundial por completo; y si tales proporciones, jamás vistas, aterran a todo hombre, mucho más aterra al pensador el alcance que tendrá el desenlace final de la misma.

A todo este crescendo, el Papa calla, y calla ahora porque no se le hace caso. Silencio misterioso, síntoma mudo de mal agüero, presagio de castigos extraordinarios. Cuando el Papa se ve en el triste caso de callar, el Dios de las venganzas hablará como los hombres se merecen: *Deus ultionum Dominus, Deus ultionum libere egit* (Ps. 93).

Un tan colosal desequilibrio es justo castigo de las exorbitantes ambiciones e injustas conquistas de los soberbios Estados, y estos delitos nacionales los han de pagar las naciones culpables y los habitantes orgullosos y ambiciosos que las forman. Los pueblos ateos y de costumbres desordenadas, los príncipes codiciosos y dominadores, las naciones que no oyen al Papa, no merecen la protección de Dios, no son aptos para la paz. El remedio único está en volverse a Dios con corazón humilde y contrito, y amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos. Si así lo hiciesen los pueblos, respetarían y oirían al Vicario de Jesucristo y cada nación se contentaría con lo suyo y respetaría lo ajeno.

Si queremos nosotros pedir y obtener la paz, debemos pedir la conversión de las naciones a Dios y el mejoramiento de las humanas costumbres. Para conseguir estas gracias extraordinarias no nos quedan más

que dos medios: oraciones extraordinarias y penitencias extraordinarias. A grandes males grandes remedios, si no, no habría proporción. Así como el diluvio universal que duró 40 días lavó y regeneró al mundo de sus crímenes, del mismo modo se necesita un diluvio de oraciones fervientes y de rigurosas penitencias, que duren al menos cuarenta días para aplacar a Dios y reconciliar al mundo con El.

La oración es ley de la necesidad, es la voz confiada del alma humilde que pide lo que no tiene y espera alcanzarlo de quién puede y quiere otorgarlo. Por esto puede tanto la oración ardiente y constante del alma sencilla: lo puede todo porque Dios lo ha prometido y porque se pide en nombre y méritos de Jesucristo cuando es hecha como se debe.

La penitencia corporal es ley de expiación y preservación; paga los pecados de la sensualidad, que siempre empiezan (o acompañan) por la gula, y quita el pábulo de nuevas probables transgresiones. La gula es infracción de la ley (y gula hay en el mundo más de lo que parece—es gula crónica—es hambre creada), porque todo exceso es desorden, y todo desorden mata. Adán y Eva, los israelitas en el desierto, el rico Epulón, Holofernes y otros, faltaron gravemente contra la templanza, y fueron gravemente castigados. En todo exceso de comida se origina un desequilibrio entre el alma y el cuerpo, por que a la par que éste prospera y engorda, aquélla se entorpece y debilita.

Se debe restablecer el equilibrio si

queremos volver al orden y a la normalidad, de lo contrario el cuerpo tomará el predominio del alma y ésta no podrá ni merecerá ser señora de su cuerpo. La ley del ayuno es la ley de salud espiritual y corporal: al cuerpo lo limpia y sana, y al alma la desembaraza de lo terreno y la espiritualiza más y más. No tema nadie al ayuno por riguroso que sea, antes téngalo en mucho estima. Los que más lo practican son los que más experimentan sus buenos efectos.

MACABEO.

El trabajo amable

Consultemos el capítulo II del Sagrado libro del Génesis y válganos el glorioso Doctor de la Iglesia San Agustín para su inteligencia. Veamos cómo reza uno de sus versículos, el 15: «Tomó el Señor Dios al hombre y púsole en el paraíso de delicias, para que le cultivase y guardase. El hombre, pues, en el feliz estado de inocencia, *in statu naturae integrae*, le vemos con el destino de colono del paraíso de delicias. El Santo a cuyo valimiento hemos recurrido, nos advertirá que no se conocía en aquel feliz estado aflicción en el trabajo, sino un contentamiento de la voluntad viendo que con la cooperación humana se obtenían con más alegría y mayor abundancia los dones del Señor; por lo que sería con mayor motivo alabado el Criador por haber dado a alma alojada en cuerpo animal trazas y facultad para procurarse cuanto debía bastar para satis-

facen los deseos del alma, y no precisamente aquello a que forzaba al ánimo contrariado la indigencia del cuerpo» (1). De manera que con ser mucha verdad la afirmación de Elifaz —uno de los que pusieron a prueba la paciencia del santo Job— de que «*el hombre nace para trabajar, como el ave para volar*» (2); deber del teólogo es hacer constar que por un especial beneficio de Dios el hombre no habría sentido ninguno de los dolorosos efectos que el trabajo de sí acarrea a nuestro organismo, de haberse conservado en el dichoso estado de la justicia original.

Haríamos traición al papel, que tan sin méritos nos estamos arrogando, de representantes de la Teología católica si quisiéramos atenuar en lo más mínimo la terribilidad de la sentencia fulminada por Dios contra Adán después del riguroso juicio a que se le sujetó, a raíz de la transgresión del mandamiento que se le había dado de no comer del árbol prohibido; queremos copiarla toda por entero y ofrecerla una vez más a nuestros lectores: «Y a Adán le dijo: Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba (3) de la tierra. Mediante el

sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de que fuiste formado: puesto que polvo eres y a ser polvo tornarás» (1).

De no arredrarnos el temor de ser prolijos, hermoso comentario podríamos hacer sobre estas duras palabras del Dios, Bondad y Misericordia, recogiendo los dichos y enseñanzas de los Santos; no perdamos al menos de vista la observación de San Agustín (2) de que al pecar el primer hombre nada más apeteció que sustraerse del dominio de Dios, pues se decidió a cometer un acto del cual sólo debía retraerle la atención al precepto de su Señor.

«Sabe empero Dios, que en cualquier tiempo que comiereis de él (del fruto del árbol prohibido), se abrirán vuestros ojos; y seréis como dioses conocedores del bien y del mal» (3). Con estas palabras brotó en el corazón de nuestros padres un deseo para cuya satisfacción se debían oponer a la voluntad expresa y conocida de Dios, y muy a costa suya y a costa nuestra pudieron nuestros primitivos progenitores aprender que *no había sido dado a la naturaleza humana el procurarse la felicidad por sí misma prescindiendo de Dios; pues sólo Dios tiene en sí mismo el poder de ser feliz sin necesidad de concurso ajeno* (4).

Bien conocía Dios el profundo des-

concierto causado por el pecado en la naturaleza humana que tan privilegiada saliera de sus manos bienhechoras; bien conocía las profundas llagas que afeaban aquella alma que había señalado con su imagen y semejanza; por eso es muy de alabar su Providencia paternal en la elección de la pena impuesta a la grave transgresión. Dos son los grandes escollos en medio de los cuales navega la doliente humanidad: la soberbia que empuja a deseos desmedidos, la pereza que la detiene en el desarrollo de su actividad... Las espinas y los abrojos —el sufrimiento y el dolor— la necesidad de vivir, el deseo, son el aguijón que le defiende contra la pereza; la esterilidad, esa maldición que pesa sobre la tierra, le humilla, pone coto a sus deseos.

Federico Bastiat ha dicho cosas notables que ilustran mucho la materia en el capítulo III de las *Armonías económicas*. Unos botoncitos para muestra: «Existen necesidades; esto es un hecho y sería pueril cuestionar si valdría más que no existiesen y por qué Dios nos sujetó a ellas... El sufrimiento tiene una función en el individuo y por lo tanto también en la sociedad... La necesidad, considerada de un modo general tal como resulta de la naturaleza a la vez corporal e inmaterial del hombre, combinada con el poder de la costumbre y el sentimiento de la dignidad, es indefinidamente expansible, porque nace de un manantial inagotable: del deseo... No pretendo... decir que el deseo y el medio (de satisfacer el deseo) anden paralelamente y con

pasos iguales; el *deseo* corre y el *medio* le sigue cojeando...

MARIANO ROMEU, Pbro.

(Continuará).

Combate oral

Saltando hoy el orden lógico de las cuestiones, vamos a tratar un punto en que muchos flaquean y cuya urgencia algunos suscriptores nos han significado con interés.

¿Cómo es posible, dicen, que siendo Dios tan bueno, compasivo y misericordioso sea capaz de condenar eternamente en el infierno a sus hijos, redimidos con su Sangre y su penosísima muerte, por un solo pecado mortal que cometieron?

A quienes tal digan se les ha de responder ante todo que así lo ha enseñado la Iglesia veinte siglos ha sin la menor variante, habiendo habido tantos insignes Papas, Cardenales, sabios teólogos y grandes santos que conocían y amaban mucho a Dios y le hubieran defendido del porrón de *cruel* en que esos pretendidos vindicadores de Dios creen que los católicos le tienen.

Quien tuviese a Dios por *cruel* porque castiga el pecado, demostraría que no ama a Dios y que está en descubierto con Él. Querer que Dios se deje ofender impunemente por sus criaturas es desconocerle por completo. En Dios, tan grande e inviolable es su Bondad como su Justicia, y si bien en este mundo hace más uso (y el hombre abuso) de su Bondad, no por esto renuncia ni puede renunciar

(1) Así más o menos, *De Genesi ad litteram*, lib. VIII, cap. 8-15.

(2) Job. V, 7.

(3) Esto es, «y comerás de los frutos que den las hierbas o plantas de la tierra».

(1) Gen. III, 17-19.

(2) Loco citato, libro VIII, cap. XIII, 30.

(3) Génesis, III, 5.

(4) San Agustín. *De Genesi contra Manich*, lib. II, cap. XV, 22.

a su Justicia, la que tiene su principal lugar en la otra vida, y en ello está el único sostén y consuelo de los buenos. Lo contrario sería un inmenso daño para todos, porque la maldad quedaría autorizada y el mundo sería un presidio suelto donde el más pillo reinaría triunfante, o mejor dicho, en todo el universo no quedaría ya un hombre para muestra.

Nadie crea que el *infierno* ni lo que en esta vida llamamos *castigos* sean obra de Dios. De ninguna manera. Es completamente obra del pecador; es fruto legítimo e inevitable del pecado, por la ley eterna e invariable de la compensación y equilibrio. Dios no puede ser autor de cosa mala, así como el hombre por sí mismo no es capaz de nada bueno.

La *eternidad* del infierno depende de la *eternidad* del pecado, de la *obstinación* del pecador. Todo pecado grave produce en el que lo comete, un odio ciego, una indeleble obstinación, una soberbia satánica que le incapacita para humillarse a pedir perdón; mas mientras vivimos en este mundo no experimentamos estos funestos efectos del pecado—a no ser uno muy depravado—por la gran misericordia de Dios que nos ayuda con una gracia extraordinaria, dándonos sentimientos de humildad para arrepentirnos, confesarnos, enmendarnos y hacer penitencia. Mas una vez salimos de este mundo no hay ni puede haber esta misericordia, de que tanto se ha abusado, ni el alma es capaz de recibirla, antes bien monta esta en soberbia diabólica y cobra un odio, a nosotros ahora inconcebible, contra

Dios como a rival suyo, y por este odio desea y busca aniquilarle, y como no lo puede lograr, se enciende cada momento a mayor rabia (en lo que halla su máximo sufrimiento y desesperación) y se deshace en incessantes blasfemias horribles. Diga ahora cualquiera si es posible que Dios perdone ni pueda perdonar a una alma que, en vez de arrepentirse de sus pecados y desear amar su divina bondad, se entrega con más malicia a odiarle profundamente, le persigue y le blasfema con todas sus fuerzas.

Ni Dios ni nadie puede perdonar a quien no quiere el perdón, antes bien aborrece el perdón como a una humillación intolerable, y que no aspira sino a la destrucción del Creador del Cielo, a donde él no puede ir, ni quiere ir porque siente que no lo merece, y que por toda la eternidad estará intentando aniquilar a Dios y ponerse en su lugar.

Tal es la locura y la inaudita malicia del pecado.

¿Podría haber hecho más Dios para salvarnos que padecer, derramar toda su sangre y morir en cruz, quedarse sacramentado en alimento nuestro, dejarnos tantos sacerdotes y sacramentos para instruirnos y ayudarnos, habernos estado tantos años inspirando el bien, empujándonos interiormente al arrepentimiento y a la virtud y haberse dignado esperar con tanta paciencia nuestro libre consentimiento y decisión? Pocos habrá en el infierno por un solo pecado mortal, y los que haya no tienen derecho a quejarse, porque podían bien no ha-

berlo cometido, y si Dios no se apiadó de ellos hubo de ser porque El previó su obstinación y los escándalos y daños que ocasionarían a otros, y así los sacó de esta vida, al fin y al cabo, en bien de ellos, porque no sufrirán tanto por un solo pecado como luego sufrirían por los muchos que cometieran viviendo más tiempo.

Dirá alguno aún: ¿porqué crió Dios a los que sabía que habían de condenarse? Esto ya es querer dar lecciones a Dios y pretender saber más que El. El ha criado a todos buenos y a todos con aptitudes y medios para ganar el cielo libre y voluntariamente: a todos nos quiere felices eternamente y por esto por todos ha muerto. Pretender que Dios no debía criar más que a los buenos sería destruir toda la grandiosidad y hermosura del plan divino: eso sí que sería castigar a los malos injustamente privándolos de la vida y del cielo que tan fácilmente podían merecer (que sería el mayor castigo) sin haber faltado o sin aguardar su arrepentimiento, y sin probar su humildad y sus virtudes. Es inútil presumir de más sabios que la Iglesia, asistida siempre del Espíritu Santo, y compuesta de hombres sabios que se han pasado la vida estudiando profundamente todos los puntos de la ciencia de la salvación y los sagrados libros.

No hay error posible que no se haya presentado, ni hay uno que no haya sido mil veces pulverizado.

Asintamos a todo lo que la Iglesia enseña si queremos ir bien y seguros, y dejémonos de tonterías.

EL MÁS MÍNIMO.

Ecce Agnus Dei

La descendencia de Abraham era la porción escogida de Dios, de la cual recibía culto y adoración. Por lo que el Señor quiso levantarla a la dignidad de pueblo suyo, librándole del cautiverio de Faraón, dándole una organización y un carácter definitivo y especial; dotóle de un código de leyes políticas, religiosas y civiles, para que conservase pura la primitiva revelación y la esperanza del prometido Redentor. Esta constitución del pueblo de Dios señala una data de las más importantes de la historia antigua, y el Señor quiso y ordenó que se celebrase su memoria cada año con una solemne fiesta llamada *Pascua del Cordero*, en lo que se ha de ver una profecía, una afirmación de la Comunión Eucarística Pascual, que une el Nuevo Testamento con el Viejo.

Grande debe ser e imborrable el agradecimiento del pueblo cristiano hacia Jesús, que, cual Cordero de Dios, quiso inmolarsé en una Cruz y quedarse en el mundo por alimento cotidiano de cada uno de los hombres, librándonos así de la esclavitud de Satanás y del pecado en que estamos sumidos.

La sola presencia de Jesucristo en el alma que ha comulgado renueva al demonio, nuestro encarnizado enemigo, las torturas y la derrota que sufrió en el monte Calvario. Jesús comunica al que le recibe en la comunión el fruto de su pasión y muerte, es decir, de su perfecta victoria sobre el infierno, y de aquí que el

espíritu tentador huya entonces lejos de nosotros y no ose acercarse mientras reconozca en nuestra alma los efectos y señales del Gran Vencedor y nuestro decidido empeño en no dejarnos vencer.

¿Queréis comprender el poder de la Sangre divina que ha teñido nuestras almas? Acordaos de la sangre del cordero pascual puesta en las puertas de los israelitas, que detenía el brazo del Angel Devastador y libró a éstos de una muerte segura. ¡Cuánto más nuestro feroz enemigo deberá respetar y temer en el cristiano, no la sangre de un animal, sino la purísima de Cristo que brilla sobre sus labios y corazón convertido en templo de la divinidad!

Una vez libres de la tiranía cruel de Satanás, la S. Eucaristía nos librará también de los malos efectos del pecado; cada pecado, aunque sea de pensamiento, inclina y predispone para otro, y así sucesivamente con fuerza progresiva hasta formar un tiránico vicio y una esclavitud ominosa si no se ataja y rompe decididamente en su principio. Si bien en el tribunal de la penitencia se perdona todo pecado bien confesado y detestado, no por eso se quitan todas sus perversas influencias: queda una infección, más o menos profunda, que el pecado infiltró en el corazón a proporción de su mayor o menor malicia y duración; un cierto alucinamiento muy seductor que ofusca la mente e impide ver el abismo de males que encierra el pecado; una debilidad que se apodera de la voluntad y la imposibilita para ulteriores resistencias;

en fin, una perversión del ánimo que da al pecador horrible repugnancia a todo lo bueno y una loca afición a todo lo malo. Así se explica que haya tantos hombres malos que ni siquiera desean volver al buen camino: se les hace imposible, y se obstinan en su maldad porque se han apartado de la mesa eucarística y sus almas hace tiempo que no se nutren del Divino Cordero o lo hacen rutinariamente o no se confiesan del modo debido. No nos engañe jamás el demonio en hacernos abandonar el Pan de los fuertes, pues nada desea tanto como esto: una vez conseguido, lo demás no tardará en sobrevenirnos. Acérquemonos más bien al Sagrado Banquete bien a menudo, porque cuanto más lo frecuentaremos mejor experimentaremos que la Carne Divina es el más eficaz remedio y el más vigoroso alimento: Ella neutralizará completamente la acción venenosa de la culpa, disecando las podridas fuentes de la concupiscencia, y nos dará un corazón nuevo, sano, fuerte y muy dócil a la invitaciones de la gracia.

Quien más a menudo se acerca y se alimenta de Dios, con los apetitos espirituales bien vivos, más ha de recibir las divinas influencias, como quien más se acerca al fuego más tiene que calentarse. Por esto, como enseñan los teólogos, la Comunión bien hecha da energía a la voluntad, aficiona a Dios, hace olvidar los atractivos al pecado, recuerda los bienes de la virtud y enfría la loca imaginación y los apetitos sensuales.

Terminaremos con las palabras de S. Bernardo: *si alguno de vosotros*

no siente ya tanto los frecuentes y violentos movimientos de cólera, de envidia, de lujuria, dé gracias al Cuerpo y Sangre del Señor, pues es la virtud del Sacramento que obra en él, y alégrese viendo que la pésima úlcera se avecina a su completa curación.

FR. ANGEL DE JESÚS.

Pensamientos del P. Victorio

La felicidad hay que buscarla dentro nosotros mismos, hemos de anhelar el enriquecimiento espiritual hasta obtener una plena y santa libertad de espíritu, que es la adquisición más real y positiva para llegar a ser verdaderamente felices en el Señor, y aún perfectos a cuanto cabe en este mundo.

El propio amor y nuestra loca fantasía, abultan nuestros trabajos, aumentan nuestras dificultades, y avivan nuestra aflicción; para ahuyentar esto, o al menos mitigar en mucho tales cavilaciones, será bien entrar en la consideración de los dolores ajenos, máxime recayendo en seres más inocentes que nosotros.

La instrucción científica sin religión, resulta una ciencia tan aflictiva como falsa, ya que es más docto en la ciencia de la salvación un niño que sabe y practica la doctrina cristiana, que el hombre de mayor talento y cultura que no practica y vive en perpetuo desasosiego y sin consuelo; pues ¿qué vale al sabio toda su cien-

cia para vencer los recios combates de la vida, sin poder contar con la ayuda de la gracia, que nos comunica su omnipotencia para triunfar de todos nuestros enemigos visibles e invisibles? En efecto: de nada sirve para el docto modernista su sabiduría, si no es para lanzar su corazón en el torbellino de sus propias flaquezas, cobardías y miserias.

Según sea la mortificación de nuestros apetitos y la generosidad de nuestro espíritu, clarean y aumentan las luces en nuestro entendimiento para descubrir las bellezas y armonías de la economía Divina en todas las cosas, que si se reflejan en una conciencia serena dan una sensación de perfecta alegría; ya que no gozamos de lo externo, sino en la traza misma que repercute en nuestro interior.

Bibliografía

LAS CASAS DE RELIGIOSOS EN CATALUÑA y LOS RELIGIOSOS EN CATALUÑA durante la primera mitad del siglo XIX, por D. Cayetano Barraquer, Canónigo Chantre de la Catedral de Barcelona, Barcelona, 1906 y 1915.—Tres tomos en folio con interesantes grabados.

Son estas dos obras monumentales, de inestimable valor histórico, religioso y arqueológico. Su autor, varón de gran virtud y vasto saber, ha llevado a cabo una obra magna que la Humanidad en general y las Ordenes Religiosas no agradecerán jamás lo bastante, pues ha llenado un vacío

que seguramente nadie hubiera podido ni sabido hacer con tanta fidelidad y éxito, impidiendo de este modo que perecieran toda una mina de noticias monacales, datos históricos y detalles preciosos de arquitectura de los Conventos de Cataluña, además de documentos fidedignos sobre los orígenes, desarrollo y objeto de los movimientos políticos y antireligiosos de aquella época. La labor ha debido ser impropia y prolongada, pues fué iniciada desde 1880 y no ha cesado todavía, revolviendo bibliotecas y archivos, visitando uno por uno todos los Monasterios, la mayoría arruinados, y no pocas veces con gran pena, fatiga y peligros, no perdonando molestia alguna o medio para enriquecer, precisar y comprobar cuanto ha dejado consignado, con la añadidura de haberle costado fuertes sumas de dinero tantos viajes, correspondencia, fotografías, etc.

Ya que el docto Canónigo Barraquer, por su genuino amor a las Ordenes Religiosas se ha convertido en su más entusiasta apologista y se ha desvelado tanto por su esplendor y prestigio, justo sería que todos los Conventos no se privasen de poseer tan rico tesoro, así como también debieran adquirirlo todos los sacerdotes, los escritores y los amantes del estado religioso. Es muy útil conocer los secretos y manera de proceder de los fautores de los sucesos políticos y antimonacales del siglo pasado. El mundo da vueltas y la historia humana se repite, por lo cual conviene andar orientado y prevenido.

J. A.

Cultos en la Iglesia de S. Joaquín

Día 6. Domingo. — Por la tarde, a las cinco, 3.^{er} día del Trecenario, dedicado a N. P. S. Francisco, predicando el R. P. Ramón Colomer, escolapio.

Día 13. Domingo. — Por la tarde, a las cinco, 4.^o día del Trecenario, predicando el R. P. Ramón Roger, escolapio.

Día 17. Ascensión. — Por la tarde, a las cinco, 5.^o día del Trecenario, predicando el R. P. Ramón Roger, escolapio.

Día 19. — Empieza la Novena del Espíritu Santo que se hará al terminar la primera misa ante S. D. M.

Día 20. Domingo. — Por la tarde, a las cinco, 6.^o día del Trecenario, predicando el R. P. Arsenio Sánchez, dominico.

Día 27. Domingo de Pentecostés. — Por la tarde, a las cinco, 7.^o día del Trecenario, predicando el Reverendo P. Lesmes Alcalde, dominico. — Bendición Papal a todos los fieles.

Día 28. Lunes de Pentecostés. — Por la tarde, a las cinco, 8.^o día del Trecenario, predicando el R. P. Lesmes Alcalde, dominico.

Día 1 de Junio. — Empieza el mes del S. C. de Jesús, que se hará en la primera misa.

Día 3. Domingo. — Por la tarde, a las cinco, 9.^o día del Trecenario, predicando el R. P. Fulgencio de Barcelona, capuchino.

Noticias Religiosas

Fiestas de precepto: en Mayo sólo hay los cuatro domingos y el jueves de la Ascensión (día 17).

Ayunos: sin Bula, los días 26 y 30 de Mayo, 1 y 2 de Junio, y todos los viernes; con Bula sólo el día 26, vigilia de Pentecostés.

Abstinencias: sin Bula, los días 26 y 30 de Mayo, 1 y 2 de Junio; con Bula sólo el día 26, vigilia de Pentecostés.

Intención del Apostolado de la Oración para este mes: Rogar para que se aumenten y prevalezcan las Congregaciones de la Santísima Virgen.

Gerona. — D.^a Estrella Noguer: recibidas 26 ptas. y celébranse las misas. Gracias.

Sevilla. — En el Convento de Mínimas se han celebrado la fiesta y novena de N. S. Padre con solemnidad predicando todos los días notables oradores.

Antequera. — La V. O. T. y de

votos del Santo le obsequiaron con Novenario y Fiesta Solemne. La Comunidad de Religiosas Mínimas le festejó también en su día con espléndida Novena y magnífica fiesta, predicando el R. P. Calixto de la Purificación, trinitario.

Limosnas recibidas

para el Boletín

Sr. Feliu, 1 pta.; Sr. Armengol, 2; Sr. Blasí, 1; Sr. Sala, 1'60; Sra. García, 0'50; Sr. Figueras, 1; Sr. Muntadas, 2; D.^a Flora Lazárraga, 3, 25; Rdo. Señor Parcerías, 1'50; Sras. Hueso, 2; Señora Viuda Lozano, 5; Sras. Barrachea, 2; M.ltre. D. José Guerrero, Canónigo, Corrector de la V. O. T. de Antequera, 3; Rdo. Sr. Hidalgo Vilaret, 1; D. Antonio N., 1; D.^a Dolores Pérez, 1; Doña Josefa Conejo, 1; D.^a Isabel Montoro, 1; D.^a Flora Ramos, 1; D. Francisco Herrera, 2'50; D.^a Trinidad Cuenca, 1; Varios suscriptores, 1'80; Dos Señoras piadosas, 10; D.^a Teresa Miró, 2; Doña Dolores Balaguer de Campillo, 2; Rdo. D. Luis Sans, 2; Rdo. D. Juan Garriga, 3'50; D.^a Juana Maspons, 2; Una suscriptora, 5.

OBJETOS DE DEVOCIÓN

Vida de San Francisco de Paula, Fundador de los Mínimos, por el M. Reverendo P. José Gómez de la Cruz, Cronista de la Orden. Nueva edición. Un tomo en 8.^o mayor de 400 págs., encuadernado en tela

inglesa flexible, con plancha de oro. 2'50
Resumen brevísimo de la Vida y de la Orden del Patriarca San Francisco de Paula 0'10
Trecenario de San Francisco de Paula.

Librito nuevo y muy devoto, dispuesto por un P. Mínimo.	0'40	tector de la Orden.—Una	0'05
Libritos de la Regla de la Orden Tercera	0'25	El ciento.	2'50
Triduo al Taumaturgo Calabrés para alcanzar por su medio cualquier gracia urgente. Hojita de 4 páginas.	0'10	Medallas pequeñas de plata de N. Santo Padre y Ntra. Señora de la Consolación	1'00
El ciento.	5'00	100	80'00
Estampas de San Francisco de Paula, a dos tintas, con la verdadera efigie del Santo.—Una	0'05	50	42'50
El ciento.	2'50	Medallas de aluminio de id. id.	0'05
Estampas de San Miguel Arcángel, Protector de la Orden.—Una	0'05	100	4'00
		50	2'25
		Novenas de San Joaquín	0'25
		Estampas de San Joaquín	0'05
		Ritual de la V. O. T.	0'40

FUNDICIÓN ESPECIAL DE CAMPANAS DE **PEDRO DENCAUSSE**

Cabanas, 31. — BARCELONA. — Teléfono 1368

— CASA FUNDADA EN EL AÑO 1500 —

Premiada en los años de 1872, 1876, 1881 y 1888 en las Exposiciones de Tarbes, Pau y Barcelona

Única en España que garantiza la nota musical

Compra, venta y explotación de toda clase de residuos preciosos y ordinarios

Compra y venta de Metales de todas clases



PIANOS Y ARMONIUMS DE ALQUILER

Luis Camps Arnau

DESPACHO: Planeta, 41

— BARCELONA (GRACIA) —



Afinaciones y Reparaciones

Pídanse presupuestos para Órganos